

Discurso acerca de las pasiones del amor

Pascal

Veröffentlichungsversion / Published Version

Zeitschriftenartikel / journal article

Empfohlene Zitierung / Suggested Citation:

Pascal (1991). Discurso acerca de las pasiones del amor. *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, 36(143), 83-90. <https://doi.org/10.22201/fcpys.2448492xe.1991.143.51938>

Nutzungsbedingungen:

Dieser Text wird unter einer CC BY-NC-ND Lizenz (Namensnennung-Nicht-kommerziell-Keine Bearbeitung) zur Verfügung gestellt. Nähere Auskünfte zu den CC-Lizenzen finden Sie hier:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.de>

Terms of use:

This document is made available under a CC BY-NC-ND Licence (Attribution-Non Comercial-NoDerivatives). For more Information see:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0>

DISCURSO ACERCA DE LAS PASIONES DEL AMOR

Pascal

El hombre ha nacido para pensar; en todo momento, de hecho, piensa. Pero los pensamientos puros que le harían feliz si el hombre pudiera mantenerlos constantemente a la misma tensión, le fatigan y le abruma. Ello constituiría una vida unificada, a la que no podría acomodarse. Necesita del cambio y del movimiento; lo estimula la acción; es decir, que necesita, a veces, ser agitado por las pasiones, cuyos manantiales vivos y profundos siente el hombre borbotear en su corazón.

Las pasiones más convenientes al hombre, y que comprenden a muchas de las demás pasiones, son el amor y la ambición, aun cuando entre ambas apenas exista afinidad que las vincule. Con frecuencia se las presenta como aliadas y sindicadas; no obstante que, recíprocamente, se debiliten, por no decir que una u otra se destruyen.

Por mucha amplitud de espíritu que se posea, el hombre no es capaz más que de una gran pasión; razón por la cual cuando el amor y la ambición se encuentran y alían, no adquieren en magnitud e intensidad más que la mitad de las que una u otra alcanzarían de existir aisladas en un individuo. No es la edad la que determina ni el principio ni el acabamiento de estas dos pasiones. Surgen en los primeros años y persisten vivas y arraigadas con frecuencia hasta el borde del sepulcro. No obstante, como estas pasiones requieren un gran ardor, parece que son más propias de la gente moza, y que se van amortiguando con los años. Pero esto es lo excepcional.

La vida del hombre es miseramente breve. Se la computa por lo general a partir de la primera presencia del hombre en el mundo; yo preferiría, más bien, computarla a partir del nacimiento de la razón, y después que el hombre empieza a sentir las sacudidas y estremecimientos de la razón, lo cual no sucede de ordinario antes de los veinte años. Antes de esa edad se es aún un niño; y un niño no es hombre en toda su plenitud.

¡Y qué dichosa es la vida cuando comienza por el amor y se cierra o termina con la ambición! Si yo hubiera de escoger un tipo de vida, escogería ciertamente ésta. Mientras existe el fuego, el ardor de la pasión, se es amable; pero si el fuego se extingue

desaparece la amabilidad. ¡Qué campo tan amplio y tan bello queda entonces reservado a la ambición! La vida tumultuosa y agitada es atractiva para los grandes espíritus, pero los espíritus mediocres no encuentran en ella complacencia alguna. Son siempre máquinas. Por eso es por lo que, iniciada y finalizada la vida por el amor y la ambición, se tiene el estado más dichoso de que es capaz la naturaleza humana.

Cuanto más grande y profundo es el espíritu, más grandes e intensas son las pasiones, porque no siendo éstas sino sentimientos o pensamientos de índole puramente espiritual, no obstante que sean provocadas y determinadas por la física del cuerpo, es evidente que estas pasiones no son otra cosa que el espíritu mismo en conmoción, llenando ellas por lo tanto toda su capacidad. Yo no me refiero aquí más que a las pasiones ardientes, porque en cuanto a las demás, generalmente se amalgaman y se prestan a una ingrata confusión; cosa que no sucede con las pasiones que radican en el espíritu.

En un alma grande, es todo grande.

Se plantea el problema de si el amor es necesario. Y esto no debe inquirirse, sino sentirse. Acerca del amor no cabe deliberación; se es arrastrado hacia él, y cuando se investiga acerca de él, se experimenta el placer de engañarse.

De la limpieza y lucidez del espíritu se origina la transparencia y limpieza de las pasiones. Está es la razón por la que un espíritu grande y casto ama con ardor, y discierne con toda precisión el objeto de su amor.

Existen dos suertes de espíritus: uno, geométrico, y otro, que podríamos llamar de sutileza, de penetración. Las miradas del primero son largas, lentas, duras e inflexibles; en cambio, el segundo posee una delicadeza, una tenacidad de facetas amables de lo que el amor ama. Desde los ojos se insinúa hasta el corazón, y por los movimientos y afecciones exteriores conoce lo que acaece en la intimidad callada del corazón.

¡Y qué intenso y adorable deleite el del amor cuando se poseen esas dos suertes de espíritus, que van generalmente unidos! Porque, entonces, se posee a la vez la fortaleza y la ductilidad del espíritu, tan necesaria para determinar la elocuencia entre dos personas.

Nacemos los mortales con el carácter determinante, con una disposición especial para amar en nuestro corazón, la cual se desenvuelve a medida que el espíritu se perfecciona, y que nos impulsa a amar aquello que nos parece bello sin que, cabalmente, se nos haya dicho o enseñado que lo es. ¿Quién duda, según esto, que no estamos en el mundo sino para amar? Y, en efecto, se ama siempre por más que uno pretenda ocultárselo a sí mismo. En las mismas cosas y acciones, que parecen menos influidas por el amor, allí se encuentra el amor secretamente y como a escondidas, y no se concibe un solo momento en que el hombre pueda alentar sin el amor.

El hombre no gusta de permanecer consigo mismo a solas. Y es porque ama; urge, pues, que busque en otra parte dónde está el objeto de su amor. Este no puede encontrarlosino en la belleza; pero como el hombre es cabalmente la más bella criatura que Dios haya creado, tendrá por fuerza que encontrar en sí mismo el ejemplar y modelo de esta belleza que él busca fuera de sí. Cada individuo puede precisar en sí mismo las primeras claridades; y, según que se aperciba de lo que está fuera de sí, se acerca simpáticamente o se desvía, surgen las ideas de belleza o de fealdad, aplicables a las demás cosas. No obstante, por más que el hombre busque con qué llenar el gran vacío que al salir fuera de sí mismo se ha producido, no puede en modo alguno encontrar satisfacción cumplida en las cosas que le rodean. El hombre tiene el corazón harto grande. Y necesita alguna cosa que se le asemeje y que se le acerque lo más

posible. Esa es la razón por la cual la belleza que puede contentar al hombre consiste no sólo en la conveniencia, sino también en la semejanza; la semejanza circunscribe y limita la belleza en la diferencia de sexo.

La naturaleza ha impreso de modo imborrable esa verdad en nuestras almas, y es que todo esto lo encontramos ya predeterminado y dispuesto. No es preciso ni arte ni estudio para comprenderlo; parece como si poseyéramos un vacío que llenar en nuestros corazones, y que efectivamente se llena. Por todo esto, se siente mejor que se expresa. Sólo no aciertan a ver esto aquellos que enturbian y no hacen caudal de sus propias ideas.

Aun cuando esta idea de la belleza esté grabada en el fondo de nuestras almas con caracteres imborrables, sin embargo, en la aplicación particular admite tres grandes diferencias, aunque ello no sea más que por la manera de enfocar aquello que nos agrada. Porque la belleza por sí misma, desnudamente, no se ambiciona ni se desea; lo que se desea y apetece son las mil circunstancias y matices que dependen de la cosa en que se encuentran; y, en este sentido, puede decirse que cada individuo posee el original de su belleza cuya copia y semejanza busca él en el ámbito del mundo. Sin embargo, la mujer determina con frecuencia este original; como ella posee un dominio absoluto sobre el espíritu del hombre ve en él reflejadas, bien una parte de las bellezas que ellas poseen, bien las que ellas cotizan y valoran, agregando de este modo a aquella belleza radical lo que a ellas les produce deleite y agrado. Y ésta es la razón por qué una época se pronuncia por las rubias y otra por las morenas; y la proporción que existe entre las mujeres por la estima de unas o de otras, es la que existe entre los hombres en una misma época sobre la preferencia de las unas o de las otras.

La moda y la situación geográfica influyen frecuentemente en la apreciación de lo que se llama belleza. Es cosa extraña que la costumbre influya con tanta frecuencia en nuestras pasiones. Esto no obsta para que cada uno tenga su concepción de la belleza, según la cual se juzga a los demás o se la toma como punto de referencia. Esta es la razón por la que un amante encuentra a la que es objeto de su amor como insuperablemente bella, y la propone siempre como ejemplar y dechado.

La belleza está distribuida en mil modos diferentes. El mejor y más apropiado soporte de la belleza es la mujer. Cuando la mujer está dotada de espíritu, la belleza la vivifica y revela maravillosamente.

Si una mujer desea agradar, poseyendo el privilegio de la belleza o una manifestación parcial de ella, lo conseguirá afortunadamente; y por poco que los hombres en ella reparen, aunque la mujer no lo procure, sabrá hacerse amar. Si hay un lugar de espera en su corazón, en él se instalará ella.

El hombre ha nacido para el goce; él lo experimenta, lo siente y no se precisa más prueba y argumentos. El sigue los dictados de su corazón, dándose al placer. Pero con excesiva frecuencia comienza a hervir la pasión en su corazón, sin sospechar cómo ni por dónde ha comenzado.

Un placer, sea verdadero o ficticio, puede henchir en igual medida el corazón; pues ¿qué importa que un placer sea ficticio, si se tiene la persuasión de que es verdadero?

A fuerza de hablar del amor, sale el hombre contagiado de amor, se torna enamorado; y nada hay tan fácil, pues la pasión es lo más connatural al hombre.

El amor no conoce edad. Es el suyo un perpetuo nacer. Los poetas nos lo confirman. Por eso le representan en forma de niño. Pero sin inquirir nada acerca de esto, nosotros lo sentimos plenamente.

El amor procura espiritualidad y, a su vez, se sostiene por el espíritu. Pero es

necesaria una gran disposición y habilidad para amar. Cada día que pasa se agotan las maneras de agradar; y no obstante, es necesario agradar, y de hecho se agrada.

Posee el hombre un caudal de amor propio suficiente como para creerse capaz de ocupar fuera de él muchos lugares; por esta razón se juzgan los hombres tan fáciles de ser amados. Y como esto se anhela con ardor, bien pronto se reconoce y se delata en los ojos de la persona que ama; porque los ojos son los mejores intérpretes del corazón; aunque sólo el que está implicado en el amor, y siente su espoleo, comprende su lenguaje.

Sólo el hombre se comprende como un ser imperfecto. De ahí la urgencia de encontrar otro ser para sentirse dichoso. El busca su semejante con frecuencia en la igualdad de condición, porque la libertad y ocasión para manifestarse se dan de esa manera más fácilmente. Sin embargo, a veces, tiende a elevarse y entonces siente el ansia de agrandarse, aun cuando no se lo revele a quien ha despertado esa ansia.

Cuando se pone el amor en una dama de desigual condición, la ambición suele acompañar a la aparición del amor para, al poco tiempo, adquirir pleno señorío. El amor es un tirano que no tolera compañía; quiere señorear solo; y necesita que todas las demás pasiones se le rindan y obedezcan.

Una amistad grande y excelsa produce más sensación de plenitud que una amistad corriente y parigual. El corazón del hombre es grande, y las cosas minúsculas y pequeñas flotan en su capacidad; sólo las cosas grandes se detienen en él y en él echan raíces.

Con frecuencia se escribe de cosas con las que se intenta hacer reflexionar a los demás sobre uno mismo y a comprobar o encontrar la verdad de las mismas. En esto consiste el valor de las pruebas a que hago referencia.

Cuando un hombre es delicado en un sector de su espíritu, lo es también en lo que al amor se refiere. Pues, como él ha de ser excitado y conmovido por algún objeto que esté fuera de él, si encuentra un matiz que repugne a sus tendencias y sensaciones, pronto se apercibe y lo rehuye. La norma de esta delicadeza exquisita radica en la razón pura, noble y sublime. Por esto es posible sentirse delicado sin serlo efectivamente, y los demás, a su vez, tienen derecho a condenarnos por la sencilla razón de que en lo tocante a la belleza cada cual posee su norma soberana e independiente de la de los demás. Sin embargo, entre ser delicado y no serlo en absoluto es preciso convenir en que, cuando se anhela serlo, no se está lejos de conseguirlo de un modo pleno. La mujer gusta de sorprender la delicadeza en los hombres; y éste es, a mi juicio, el camino más insinuante y blando para conquistarlos. Fácil es ver que cualesquiera otros son entonces desdeñables, y que sólo nosotros somos dignos de estima.

Las cualidades del espíritu no se consiguen con el hábito, sino que se perfeccionan solamente. De ahí se puede deducir fácilmente que la delicadeza es un don de la naturaleza y no una conquista del arte o de la cultura.

Cuanto más profundo y capaz sea un espíritu, tantas más bellezas originales o inéditas encontrará. Para esto no es preciso estar enamorado, porque, cuando se ama, no se encuentra más que una sola belleza.

¿No acontece que cuantas veces una mujer sale de sí misma para caracterizarse en el corazón de los demás, hace un vacío para los demás en su propio corazón? Yo sé, no obstante, que hay quien asegura que esto no es cierto. ¿Cabría calificar esto como una injusticia? Entonces es lógico y natural restituir lo que se ha usurpado.

La insistencia en una misma idea fatiga y disocia al espíritu del hombre. Esta es la razón por la que es conveniente, a veces, no percatarse de que se ama para asegurar la solidez y perduración del deleite de amar. Y esto no es ciertamente cometer una

infidelidad, porque no quiere decir sino que se reponga el amor en otra cosa; no quiere decir sino que se concentren las energías para amar mejor. Esto se verifica sin que uno se percate ni analice; el espíritu lo realiza de un modo espontáneo; la naturaleza lo exige y lo preceptúa. Es, por lo tanto, preciso convenir en que es una consecuencia triste de la naturaleza humana, ya que se sería más bienaventurado si no se viera uno precisado a mudar de pensamientos. Pero esto no tiene remedio ni solución.

La dicha de amar en silencio sin osar proclamarlo tiene sus espinas; pero tiene asimismo sus dulzuras inefables. ¿A qué trasportes nos conduce el condicionar todas las acciones al deseo de agradar a la persona que se ama infinitamente? Todos los días se estudia el modo de hallar nuevos modos de revelarse, de renovarse, y en ellos se emplea tantas horas como las que se emplearían en atender y lograr el esparcimiento de la persona que se ama. Los ojos se encienden y se apagan en un mismo instante; y, aun cuando no se perciba de un modo patente que de ello se percate la persona que ocasiona este desorden o turbación amorosa, se experimenta, no obstante, la sensación dichosa de sufrir todos estos movimientos e inquietudes por una persona que tan en alto grado lo merece. Se desearía entonces poseer cien lenguas para vocear su intimidad y denunciar lo que en sí sucede; pero, como no es posible servirse de palabras, tiene por fuerza que reducirse a la elocuencia de la acción.

Durante todo este primer proceso se experimenta una creciente alegría y se vive como en una perenne ocupación. Y así se es feliz; porque el secreto de mantener renovada una pasión consiste en no dejar abrir vacío alguno en el espíritu, doblegándolo a inclinarse sin interrupción hacia aquello que tan dichosamente lo conmueve. No obstante, no es posible perdurar mucho tiempo en este estado que acabo de describir, porque habiendo un solo actor en una pasión en la que necesariamente se requieren dos actores, resulta muy difícil que no se marchiten y debiliten pronto los movimientos que le transportan y agitan.

Aun tratándose de una misma pasión es necesario renovarse. El espíritu halla en ello complacencia; y quien acierta a conseguir esto conseguirá hacerse amar.

Después de recorrer este camino real, de adquirir esta plenitud, alguna vez menoscabada, si la corriente no se enriquece con nuevas aguas del manantial, viene inexorable y tristemente la declinación, y las pasiones enemigas y contrarias se apoderan del corazón, que desgarrarán en mil pedazos. No obstante, todavía un rayo de esperanza, por muy hondo que sea el descenso, nos eleva tan a lo alto como antes de la caída. Y éste es un recurso o un juego en que las mujeres se complacen en extremo; y consiste en que muchas veces, fingiendo sentir compasión, la sienten efectivamente de veras. ¡Qué gran dicha cuando esto acaece!

Un amor firme y sólido se inicia siempre por la elocuencia de la acción; los ojos tienen aquí el papel principal. No obstante, es necesario adivinar, presentir, pero presentir y adivinar rectamente.

Cuando dos personas coinciden en un mismo sentimiento, entonces no cabe adivinar o, cuando menos, habrá una que adivina lo que la otra quiere expresar, sin que ésta se percate ni intente pecatarse. Cuando amamos, ante nuestros propios ojos parecemos distintos de lo que antes éramos. Por eso entonces nos imaginamos que todo el mundo se da cuenta de nuestro amor. Y, sin embargo, nada más inexacto y falso. Pero, como la razón tiene la vista limitada por la pasión, no se siente entonces seguridad y se vive de continuo en una recelosa desconfianza.

Cuando se ama, se adquiere la convicción de que se va a descubrir la pasión de otra persona; de ahí el miedo y el recelo.

Cuanto más largo es el camino en la carrera del amor, tanto más deleite experimenta en ello un espíritu delicado.

Existen determinadas almas a las que es preciso alimentar, durante mucho tiempo, de esperanzas; ésta son almas delicadas. Existen, en cambio, otras que no pueden resistir por mucho tiempo dificultades ni contrariedades, y éstas son las almas torpes y grosera. Las primeras aman con más constancia y con más continuada alegría; las otras aman con más precipitación, con más libertad, pero se cansan y acaban más prematuramente.

El primer efecto del amor es inspirar un profundo respeto. Se siente veneración por la persona amada. Y ello es justo y cabal. Nada en el mundo se concibe de más grande que lo que se ama.

Los escritores no pueden precisar con justeza los movimientos y reacciones del amor en un personaje; porque sería pretender que ellos mismos se trocaran en los héroes de sus imaginaciones y fantasías.

La tendencia extraviada a poner a la vez el amor en distintos sectores es tan monstruosa como la injusticia lo es en el espíritu.

En el amor vale más el silencio que la elocuencia de las palabras. ¡Y cuán excelente es este silencio de las palabras! Porque hay una elocuencia del silencio que penetra con más eficacia que pudieran jamás hacerlo las palabras. ¡Un amante persuade perfectamente a la persona amada cuando la lengua calla y que, por otra parte, posee espíritu! Por mucha vivacidad que se posea, hay encuentros y choques de almas en los que es imprescindible que la lengua calle. todo esto sucede sin norma ni premeditación, espontáneamente, y cuando el espíritu pasa por ello es sin que de antemano se peca. Esto sucede como por una imperiosa necesidad.

Con frecuencia se adora a la persona que no se juzga adorada y se le guarda una inviolable fidelidad, aun cuando ni lo sepa ni lo presienta. Pero es necesario que entonces el amor sea muy delicado y puro.

Conocemos el espíritu de los hombres y, en consecuencia, conocemos sus pasiones, por la comparación que establecemos entre nosotros mismos y los demás.

Yo me inclino a la opinión del que dijo que, mediando el amor, se da al olvido la fortuna, a los padres y a los amigos. Las grandes amistades llegan hasta un límite, pero no lo rebasan. Lo que hace que en el amor se vaya tan lejos es que no se imagina siquiera que se tenga necesidad de cosa alguna fuera de lo que se ama. El alma rebosa de plenitud, y en ella no cabe ni la sombra de la inquietud o de la preocupación. La pasión no puede embellecerse sino con excesos y trasportes; de ahí el que no se preocupe de lo que digan las gentes, que se sabe de antemano no habrán de condenar nuestra conducta, puesto que es razonable. En el momento en que la pasión impera en su plenitud no es posible que su redención se imponga.

No proviene, en verdad, de la costumbre, sino que es un imperativo de la naturaleza el que los hombres se anticipen en sus intentos para conquistar la amistad de una mujer.

Esa especie de olvido que produce el amor, y ese apego a lo que ama, despierta cualidades y capacidades que anteriormente no se conocían. Se torna uno magnífico, sin haberlo sido nunca. El avaro mismo, cuando se da al amor, se torna liberal, y no recuerda haber estado dominado por una costumbre opuesta.

La razón de esto se ve considerando que hay pasiones que obliteran el alma y la hacen inmovible y que, en cambio, hay otras que la elevan y la hacen expandirse y salir fuera de sí.

Con impropiedad se ha denegado al amor la denominación de razonable y se ha contrapuesto sin justo fundamento la razón al amor, ya que el amor y la razón son una

idéntica entidad. Esto es un precipitado de ideas que se enfocan de un sector sin analizar el conjunto; pero hay siempre una razón, y no se puede ni debe descartar que ello sea de otro modo, porque entonces los hombres no serían más que máquinas ciertamente desagradables. No excluyamos, pues, a la razón del concepto de amor, ya que uno y otra son inseparables.

Los poetas no han tenido fundamento alguno para pintarnos ciego al amor. Urge arrancarle la venda y reintegrarle la gozosa alegría de sus ríos.

Las almas capacitadas para el amor exigen una vida activa que rompe en nuevos acontecimientos. Como en el interior reina el movimiento, tiene por fuerza que traducirse al exterior, y esta manera de vida es un continuo y maravilloso encaminarse hacia la pasión. Por esta razón los moradores de la corte están mejor dispuestos para el amor que los de la aldea, pues los primeros son más ardientes y borrascosos, mientras los segundos llevan una vida cuya uniformidad y monotonía no se interrumpe. La vida tempestuosa sorprende, hiere y sacude.

Parece, cuando se ama, como que se poseyera un alma radicalmente distinta que cuando no se ama; esta pasión lo eleva todo, y entonces todo se engrandece a la vez; pero es necesario que todas las demás partes guarden proporción; de otra forma vendrá la inconveniencia y, por consiguiente, eso produciría desagrado.

Lo agradable y lo bello son una misma cosa; todos tienen experiencia de ello. Pero es de la belleza moral de la que yo oigo hablar, que consiste en las palabras y en las acciones externas. Hay una norma segura para llegar a ser agradables: sin embargo, la disposición es entonces necesaria, aunque ésta puede adquirirse.

Los hombres gustan de formarse una idea tan elevada de lo agradable, que apenas si alguien podría conseguirla. Juzgamos mejor esto, y confesemos que eso no es lo natural, con una facilidad y una vivacidad de espíritu sorprendentes. En el amor son necesarias estas dos cualidades: que no haya nada de forzado, y sin embargo nada tampoco de lento y pesado. La costumbre se encarga de lo demás.

El respeto y el amor deben estar tan bien proporcionados que ambos se sostienen mutuamente sin que el respeto atrofie el amor.

Las almas grandes no son las que aman con más frecuencia; y al hablar así me refiero al amor violento. Es necesaria la inundación de la pasión para sacudirlas y colmarlas. Pero cuando estas almas comienzan a amar, entonces aman mejor y con mucha más intensidad.

Afirman que hay países más dados al amor que otros. Pero esto no es hablar con propiedad; o, cuando menos, esto no es exacto en todos los sentidos. No consistiendo el amor más que en la adhesión del pensamiento, es evidente que ello debe ser válido para todas las latitudes del globo. Ciertamente, determinándose otras partes fuera del pensamiento, puede el clima tener alguna influencia, pero ello no será sino en el cuerpo.

Sucede con el amor que con el sentido común; como se cree poseer el espíritu en igual medida que los demás, créese por lo mismo amar igual que los demás. No obstante, cuando se tiene más alcance de mirada, se ama hasta las cosas más insignificantes, lo cual no es hacedero a los demás. Es necesaria una gran finura para apreciar estas diferencias.

No es posible concebir que se ama sin estar muy cerca de ser amado, o, a lo menos, que no se ame en algún sentido; porque ¿es preciso tener el espíritu y los pensamientos del amor para esta creencia y la posibilidad de hablar de él sin éstos? La verdad de las pasiones no se disfraza tan fácilmente como las verdades inflexibles. Se requiere el fuego, la actividad y el ejercicio del espíritu natural y rápido para la primera; las otras

se disfrazan y ocultan con habilidad y tiempo, lo cual es mucho más fácil de realizar.

Cuando se está distante de lo que se ama, se concibe la resolución de realizar y de decir una infinidad de cosas. Y, no obstante, cuando está presente, se torna el amante irresoluto. ¿De dónde proviene esto? De que, cuando se está distante, la razón no está sobreexcitada; en cambio, se conmueve y turba en presencia del objeto amado. Ahora bien: para adoptar una resolución es necesaria la fortaleza, quebrantada por la conmoción.

En el amor no se aventuran osadías porque se teme perderlo todo; se necesita, por lo tanto, adelantar, progresar; pero, ¿quién puede decir hasta dónde?

Se tiembla siempre, incluso de aquello mismo que ha sido hallado. La prudencia no se esfuerza por mantenerse en donde ha hallado un punto de apoyo.

Nada tan embarazoso como ser amado y contemplar lo que en su favor se hace sin osar creerlo, por sentirse combatido igualmente por la esperanza y por el amor.

Pero, en definitiva, el temor sale victorioso en su lucha con la esperanza.

Cuando se ama con intensidad, constituye una perenne novedad el ver a la persona amada. Tras un momento de ausencia, se la echa de menos en el corazón. ¡Qué gozo el de retornar a verla! Cesan entonces todas las inquietudes. Pero para esto se requiere que esté ya el amor muy consolidado; porque, cuando el amor es incipiente y no hecho ningún progreso, se siente desde luego que se calman todas las inquietudes, pero pronto sobrevienen otras.

Aun cuando las contrariedades se suceden unas a otras, no por ello se deja de desear la presencia del objeto amado con la esperanza de aminorar las penas del amor. No obstante, cuando se tiene el objeto del amor presente, se sufre más que antes. Los males pasados no hieren ya; los presentes nos afectan; y de lo que nos afecta es de lo que se juzga. ¿Y no es digno de compasión el amante que ha venido a dar en este estado y proceso del amor?

Pascal,
Opúsculos,
Madrid, Ed. Aguilar, 1975.

DE LA PASION AMOROSA O EL AMOR SEXUAL

David Hume

De todas las pasiones compuestas que proceden de una combinación del amor y el odio con otras afecciones, ninguna merece más nuestra atención que la del amor que surge entre los dos sexos, y esto tanto por su fuerza y violencia como por los curiosos principios de filosofía, para los cuales aporta un indiscutible argumento. Es claro que esta afección, en su forma más natural, se deriva del enlace de tres diferentes pasiones o impresiones, a saber: la sensación agradable que nace de la hermosura, el apetito corporal de la generación y el cariño generoso o buena voluntad. El origen del cariño en la belleza puede ser explicado mediante el razonamiento procedente. la cuestión es saber cómo el apetito corporal es excitado por ella.